

Escribe como crecen los pastos

William Henry Hudson es conocido como el Príncipe de los pájaros o el Thoreau argentino. Descubran por qué

JAVIER JAYME

De las rotativas de La Línea del Horizonte nos llega ahora la primera impresión realizada por una editorial española de la obra *Días de ocio en la Patagonia*, de William Henry -Guillermo Enrique para los argentinos- Hudson (1841-1922), un clásico de la literatura naturalista cuyo original, escrito en inglés, vio la luz en Inglaterra en 1893.

Nacido en Argentina, Guillermo Hudson hablaba español con acento anglosajón. Sus padres, norteamericanos de origen irlandés que se habían casado en Boston en 1827, arribaron al Río de la Plata una década después, atraídos por el auge del comercio lanero durante la época del general Rosas. Allí se establecieron en una zona rural del partido de Quilmes, decididos a criar ovejas. De modo que la infancia de Guillermo transcurrió al aire libre recorriendo su estancia natal, lo cual, amén de hacer de él un solitario, le permitió desarrollar una fina y aguda percepción de su entorno y de los sonidos de la Naturaleza, semillero de su temprana pasión por la ornitología.

Talento sin límites

Ya en 1870, próximo a cumplir los 30, Hudson se embarcó para bolear la costa Atlántica rumbo a la actual provincia de Río Negro, por aquel entonces frontera de la civilización del hombre blanco con la indómita Patagonia, lugar donde pensaba estudiar el comportamiento de las aves migratorias. Fruto de tal empeño -y de un disparo fortuito que él mismo se hizo en la rodilla con un revólver, incidente que restringió su locomoción durante largo tiempo- es este *Días de ocio en la Patagonia*, relato que cabalga por igual a lomos de la narrativa viajera, el ensayo y el diario de un naturalista. Con ser un testimonio excepcional de la existencia de los colonos y gauchos en la Argentina decimonónica -y también de la precaria situa-

ción de los indígenas, enfrentados a su lenta extinción-, resulta, ante todo, un canto de un lirismo tan reflexivo como delicado a la Naturaleza y, de modo prioritario, a las aves.

Guillermo Hudson nunca tuvo una educación formal, ni parece que alguna vez la echara en falta. No podía ser menos en alguien dotado de un talento sin límites para la ornitología, palmario de soslayo en su siguiente confesión: «Completé una lista de 226 especies de pájaros que pude observar aquí. Las imágenes visuales de 10 se me han vuelto borrosas y a una la he olvidado por completo. Eliminando aquellas especies cuyo canto se ha silenciado, me quedan 154 que recuerdo con claridad. Quiero decir que, cuando pienso en ellas y en su lenguaje, sus gritos, sus llamadas y sus tonadas se me reproducen en la mente».

Contar bien

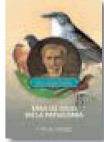
Poeta antes que científico, el Príncipe de los pájaros (o el Thoreau argentino, que por ambos apelativos se le conoce a Hud-

ESTA OBRA ES FRUTO DE UN DISPARO FORTUITO QUE ÉL MISMO SE HIZO EN LA RODILLA CON UN REVÓLVER

son) era dueño de un estilo literario grávido de sutilezas, el cual mereció el elogio de escritores coetáneos como Ford Madox Ford o Joseph Conrad. «Escribe como crecen los pastos», reconoce este último. Constatado lo cual, las numerosas páginas que Hudson dedica aquí a prolifras descripciones de contenido estrictamente ornitológico no dejarán de fatigar presumiblemente, al lector no iniciado.

Cabe añadir que Ezequiel Martínez Estrada, ensayista, crítico literario y biógrafo argentino, decía, en relación al arte narrativo del autor de *Días de ocio en la Patagonia*, que «contar bien es comprender bien». Guillermo Hudson contó como poeta lo que necesitaba decir como naturalista. Las aves también ayudan a pensar.

Días de ocio en la Patagonia William Henry Hudson



Trad. de R. Mtez. Llorca. Pról. de Pilar Rubio Remiro. *La Línea del Horizonte*, 2016. 19 euros



El «padre» del Coyote (en la imagen), José Mallorquí, también escribió terror

José Mallorquí, tras las huellas de Poe

«Narraciones terroríficas» rescata a un Mallorquí inusual, que no se agota en el Coyote y pone los pelos de punta

LUIS ALBERTO DE CUENCA

En el principio estuvo el pulp norteamericano de fantasía y de terror, especialmente la mítica revista *Weird Tales* (1923-1954), referente máximo de todos los proyectos posteriores del mismo tipo. En ella se inspiró otra revista legendaria, editada e impresa en Argentina por Editorial Molino y titulada *Narraciones terroríficas*, cuya primera entrega vio la luz en junio de 1939, prolongándose su existencia hasta mayo de 1952, cuando el editor Pablo del Molino desmanteló su negocio editorial en América y regresó a España de manera definitiva.

Fue el genial José Mallorquí Figuerola (Barcelona, 1913-Madrid, 1972) quien propuso al otro hermano Del Molino, Luis, la creación de una colección de novelas de terror, proyecto que cristalizaría en la revista *Narraciones terroríficas*, cuyos primeros 39 números (poco más de la mitad de los aparecidos con ese rótulo) se publicaron bajo la atenta supervisión de Mallorquí. Se editaba, pues, en Buenos Aires, pero se prepara-

ba en el número 245 de la barcelonesa calle de Urgel, sede peninsular de Editorial Molino.

El padre del Coyote dirigió *Narraciones terroríficas* hasta junio de 1943, fecha en que, por cierto, comenzó a pergeñar la figura del héroe enmascarado más famoso, junto al Guerrero del Antifaz, de la cultura popular española, un personaje al que dedicaría un total ¡de 192 novelas! En ese lapso, Mallorquí publicó hasta diecinueve relatos de su autoría en la revista de terror de Molino.

El Dumas hispano

Esos diecinueve relatos se ofrecen ahora en un grueso volumen auspiciado por Cyberdark y enriquecido con un magnífico prólogo de Armando Boix («El terror transatlántico de José Mallorquí») y un estupendo epílogo de Carlos Abraham («Narraciones terroríficas: la belleza del horror»), más centrado el primero en Mallorquí y en *Narraciones...* el segundo.

José Mallorquí es el propietario de una de las prosas más cautivadoras que ha dado la literatura española de todos los tiempos, una especie de Alejandro Dumas hispano que captura al lector en el primer párrafo y lo mantiene prisionero hasta el último, manteniéndolo en vilo a lo largo de la narración, que es de una intensidad, una energía y una vivacidad paradigmáticas.

Cada uno de los relatos tiene impreso el sello de la excelencia narrativa, pero hay alguno que me ha gustado especialmente, como la trilogía compuesta por «El Ojo de Alá», «Ataque nocturno» y «El amuleto», el impresionante relato «Cheka» (basado en los horrores de nuestra guerra incivil) o «El secreto de Klaus Becker» (relato alquímico a caballo entre dos épocas: la primera mitad del siglo XVI, en la Alemania socavada por la herejía luterana, y 1941, año en que se publicó el relato en la revista de Editorial Molino).

Bendita sea la recuperación de José Mallorquí como cuentista de terror, tras los pasos del maestro de maestros, Edgar Allan Poe, pero sin desmerecer de su altísima fuente en lo que a pulso narrativo se refiere. Ya solo falta que aparezca en el mercado una colección completa de *Narraciones terroríficas* y que pueda compararla el que suscribe para que su felicidad sea completa.

Narraciones terroríficas José Mallorquí



Prólogo de A. Boix. Epílogo de C. Abraham. Cyberdark, 2016. 480 páginas. 24,95 euros